

—Cesemos de pensar mal el uno del otro—dijo Keawe.

Y salió de la casa. El dinero que Keawe llevaba consigo no era otro que los dos céntimos del valor de la botella. No tenía deseo de beber ni podía hacerlo. Su esposa había vendido el alma por él; él, iba a vender la suya para rescatarla. A eso se reducía su objeto en el mundo. El presidiario esperaba en la esquina, cerca del "calaboose".

—Mi mujer tiene la botella—dijo Keawe—. Y si no la rescatas, no habrá copas ni cuchipanda por esta noche.

—Pero, ¿es cierto lo que dices? ¿Existe lá tal botella?

—Vamos a ponernos bajo la luz de esta lamparilla. ¿Tengo cara de hombre que gasta una broma?

—No... Más bien la cara que tendrás cuando te entierren.

—Bien. Pues aquí hay dos céntimos. Ve a casa y ofrécelos a mi esposa por la botella. O mucho me equivoco, o te la dará. Traes la botella, y yo te pagaré un céntimo, pues la ley de este hechizo es que se ha de vender por menos de lo que costó la vez anterior. Pero ocurra lo que ocurriere, no le digas a ella una palabra de lo que tú y yo hemos hablado. Ni le digas que me conoces.

—Compadre, apuesto a que quieres burlarte de mí—dijo el presidiario.

—Supongamos que sea una burla. ¿Qué mal te puede traer?

—Tienes razón, camarada—respondió el viejo lobo de mar.

—Para disipar tus dudas, haz una prueba—agregó Keawe.

—No bien salgas a la puerta con tu botella, pide dinero, o una botella del ron más fino, o cualquiera otra cosa, y verás si el duendecillo tiene o no tiene poder.

—Probemos, pues, "Kanaka"—dijo el lobo de mar—. Pero te juro que si te burlas de mí conocerás la punta de mi cuchillo.

El marinero subió por la avenida, y Keawe se quedó esperándole. Justamente allí había estado Kokua la víspera, cuando entró el anciano. Keawe no sintió los desmayos de Kokua, por más que su alma experimentara la amargura de la desesperación. Los momentos de espera se le antojaron siglos; pero al cabo oyó una voz que cantaba entre las sombras de la avenida. Era la voz del presidiario, y Keawe se sorprendió al notar que parecía hallarse éste en el segundo período de la embriaguez. ¿Cómo se había emborrachado tan pronto? No bien pudo verle de cerca, advirtió que el marinero se tambaleaba. Llevaba la botella diabó-

LA NOVE

1

233783

La
Botella
infernal

10

Cnts



47/1505480

LA BOTELLA INFERNAL

POR

R. L. STEVENSON



I

Voy a hablar de un hombre natural de la isla de Hawai. Lo denominaré con el nombre de Keawe, que no es el suyo, pues como ese hombre vive aún, y como no conviene que el héroe de este relato sea identificado, debó forzosamente acudir al seudónimo. Baste indicar que la persona a quien me refiero nació cerca de Honaunau, lugar en donde hay una cueva que guarda los huesos de "Keawe el Grande". Nuestro héroe era pobre, valiente y activo. Leía y escribía como cualquier maestro de escuela. Pero su especialidad era la marinería, en la que se distinguió, ya como tripulante de los vapores isleños, ya, sobre todo, como patrón de un ballenero que operaba en la costa de Hamakua. Pero un día Keawe sintió la tentación de los grandes viajes y de las grandes ciudades del extranjero, y para dar satisfacción a su deseo tomó pasaje a bordo de un buque de la línea de San Francisco. No ignoráis que ésta es una ciudad magnífica, que posee una bahía de primer orden y que figura entre las más ricas del mundo. Sabéis que hay en esa ciudad una colina enteramente cubierta de palacios. Pues bien, Keawe se paseaba un día por los declives de esa admirable colina. Recreaba la vista en la contemplación de los palacios, y gozaba en su paseo como si llevara muchos dólares en el bolsillo.

—¡Qué casas tan soberbias!—decía Keawe para sí.—
¡Cuán dichosos serán los que las habitan, pues, según presupuesto, no ha de preocuparles el mañana!

R. 3224146

1

233783

TEATRAL

AL LITERARIA

publica todos los domingos una de las comedias de los más ilustres autores que más éxito han tenido en nuestro teatro. El sumario está compuesto de las obras más interesantes del repertorio de cada autor.

COLABORADORES:

Pérez Q
rez Q
Rivas
y Ba
llaesq
Carri
G. Al
das y
mo y



-Alva-
Inares
amayo
a. - Vi-
Ramos
lohes.-
-Para-
el Ala-
Villar.

Aparece los domingos. 30 cts.

Apenas concluía de decirse esto, cuando llegó frente a una mansión, menos grande que las otras, pero no menos lujosa que ellas, y adornada con tanto primor que parecía un juguete. Keawe no pudo menos de detenerse para admirar aquella casita encantadora. Paseaba la vista por la fachada cuando sus ojos advirtieron la presencia de un caballero que a su vez contemplaba atentamente a Keawe. Aquel caballero se hallaba en el interior de un aposento, pero Keawe lo vió con tanta claridad, a través de la vidriera, como si fuera un pez de esos que vemos desde la altura de una roca en el fondo de un estanque diáfano. Era un hombre de cierta edad, calvo y con barba negra. En sus facciones reflejábanse el dolor, y su pecho levantábase a impulsos de un hondo suspiro. Instantáneamente se estableció una corriente de simpatía entre el viajero "Kanaka" y el californiano; Keawe envidiaba al dueño de la casita, y el dueño de la casita envidiaba a Keawe.

El caballero sonrió, saludó al paseante y le invitó a entrar.

—Esta deliciosa casa es de mi propiedad—dijo el caballero, suspirando amargamente—. ¿Quiere usted visitarla?

Mostró a Keawe todos los aposentos, desde la cueva hasta el tejado, y el "Kanaka" vió con asombro que la casa no tenía un solo defecto.

—En verdad—dijo Keawe—esta es una hermosa morada. Si fuera mía y yo viviera en ella, pasaría el día entero entregado a los más risueños pensamientos. ¿Cómo se explica, pues, que usted suspire tanto y con tanta tristeza?

—No hay inconveniente para que usted sea dueño de una casa exactamente igual a ésta, y aún mejor si lo desea. ¿Supongo que tendrá dinero?...

—Tengo cincuenta dólares—respondió Keawe—. Pero presumo que una casa como esta costará más de cincuenta dólares.

El caballero hizo un cálculo mentalmente.

—Siento que no tenga usted más—dijo—, porque eso puede ser para usted causa de penas en lo futuro; pero si usted quiere, la casa puede ser suya por cincuenta dólares.

—¿Me vende esta casa por cincuenta dólares?

—La casa precisamente, no—replicó el caballero—. Pero sí la botella, pues debo decir a usted que, aun cuando me crea rico y afortunado, todos mis bienes, incluyendo la casa y el jardín, provienen de una botella en la que apenas si cabe un litro. He la aquí.

Abrió un mueble y sacó la botella, ventrada y de largo

cuello. El cristal era de un blanco lechoso, y poseía los cambiantes del iris. En el interior se movía una sombra que lanzaba destellos luminosos.

—Esta es la botella—repitió el caballero.

Keawe lanzó una carcajada.

—¿No me cree usted?—preguntó el otro—. Haga usted una prueba. Intente romper esta botella.

Keawe la tomó con las dos manos y la arrojó al suelo empleando todas sus fuerzas. Repitió la prueba hasta cansarse; pero, lejos de romperse, la botella saltaba cual una pelota de goma.

—Esto es muy extraordinario—dijo Keawe—. A juzgar por el tacto y por la vista, la botella es de cristal.

—Y lo es efectivamente—repuso el caballero, suspirando con más tristeza que nunca—. Pero ese cristal ha sido templado en las llamas del infierno. En su interior vive un duendecillo, y esa es la sombra que contemplamos, o al menos así me lo figuro. El que adquiera esta botella tendrá al duendecillo en su poder. Todo lo que quiera el comprador—amor, fama, dinero, casas como esta y aun ciudades enteras como esta ciudad—todo será suyo tan pronto como lo desee. Napoleón fué dueño de esta botella, y a ella debió ser dueño del mundo; pero la vendió, y ese fué el motivo de su caída. El capitán Cook fué a su vez dueño de la botella, y por ella descubrió tantas islas; pero también la vendió, y lo mataron en Hawais, Porque una vez que la botella se vende, pasa con ella el poder que comunica a su dueño a menos que después de venderla quede satisfecho de lo que la botella le haya dado, pues en tal caso la protección sigue.

—No comprendo que desee usted vender la botella—dijo Keawe.

—La vendo, porque tengo cuanto ambiciono, y ya voy siendo viejo—explicó el caballero—. Hay una sola cosa que no puede hacer la botella, y es prolongar la existencia. Sería desleal ocultar a usted esto también: la botella tiene un inconveniente; quien muere antes de venderla, es condenado a pasar la eternidad en el infierno.

—El inconveniente es muy grave, sobre todo conociéndolo. Creo que en vista de esa condición, vale más abandonar el asunto. Afortunadamente, puedo prescindir de casas, pues hay algo que no acepto por todos los palacios del mundo; ir al infierno.

—¡Dios mío, no hay por qué exagerar los temores!—objetó el caballero—. Todo lo que usted tiene que hacer es

usar moderadamente del poder de la botella diabólica, y vendérsela a alguien, como yo se la vendo a usted. Su vida acabará tranquilamente, como espero que acabe la mía.

—No puedo menos de observar dos cosas: la primera, es que usted suspira continuamente, cual doncella enamorada; la segunda, es que pide usted harto poco por la botella.

—Ya le he dicho cual es el motivo de mis suspiros. Siento que las fuerzas me flaquean, y como usted ha dicho, morir e ir al infierno es cosa muy sensible. En cuanto al precio, debo decir que no soy yo quien lo fija. La botella tiene una particularidad. Hace mucho tiempo, cuando el diablo la trajo a la tierra, se vendía a un precio fabuloso. El Preste Juan de las Indias la adquirió por no sé cuantos millones. Pero nadie puede venderla sino a un precio que sea inferior al de la última venta, pues si pasa a otro dueño por más o por igual cantidad, la botella vuelve a poder de su dueño anterior, cual vuelven las palomas a su alero nativo. Necesariamente el nivel ha venido descendiendo de siglo en siglo, y la despreciación ha avanzado mucho. Yo se la compré en noventa dólares a uno de los vecinos de esta colina. Podría venderla en ochenta y nueve dólares y noventa y nueve centavos, pero si la vendo en noventa dólares, la botella volverá a mi poder. Hay dos inconvenientes. El primero es que si usted ofrece una botella mágica por ochenta y tantos dólares, todo el mundo se ríe. El segundo inconveniente es que... Pero no hablemos de esto. Baste decir que el precio debe pagarse en dinero contante y sonante.

—¿Y cómo haré para saber que usted me está diciendo la verdad?—preguntó Keawe.

—Puede usted convencerse por sí mismo—contestó el caballero—. Déme usted sus cincuenta dólares, tome usted la botella, y pídale a ésta que le devuelva los cincuenta dólares. Si usted no recibe el dinero inmediatamente, yo le empeño mi palabra de honor que rescindo el contrato: me quedo con la botella y usted con el dinero.

—¿No me engaña usted?—interrogó Keawe con mucho recelo.

El caballero se obligó por medio de un juramento solemne.

—Está bien. Me aventuraré—dijo Keawe—. Creo que no existe riesgo.

Pagó el precio y se le entregó la botella.

—Duécillo de la botella—dijo Keawe—, quiero mis cincuenta dólares.

Apenas lo había dicho, sintió en el bolsillo el mismo peso que antes de la operación.

—Ciertamente, esta botella es un prodigio—afirmó Keawe.—Que le vaya a usted bien—dijo el caballero—y que el demonio le acompañe, dejándome a mí en paz.

—¡Cómo! Tome usted su botella, y déme mi dinero. No me gustan los negocios de ese género.

—Usted lo ha pagado por menos de lo que yo dí—replicó el caballero, frotándose las manos—. Es suya. Por mi parte, le suplico que me haga el favor de salir cuanto antes del jardín.

Y llamó al criado chino para que acompañase a su visitante hasta la puerta. Cuando Keawe se halló en la calle, con la botella bajo el brazo, monologó de esta manera:

—Si es cierto lo que se me dijo, he hecho una adquisición funesta. Pero acaso ese caballero ha querido burlarse de mí.

Se detuvo en la esquina, contó el dinero, y comprobó que llevaba la misma cantidad con que había salido: cuarenta y nueve dólares del cuño de los Estados Unidos, y una moneda de plata chilena.

—Hasta aquí, todo resulta exacto. Hagamos otra prueba.

A pesar de que era medio día, las calles estaban completamente solitarias. Keawe se inclinó, puso la botella en una alcantarilla y siguió su marcha. Volvió el rostro dos veces, y vió que la botella estaba donde él la había dejado. A una gran distancia brillaba su vientre lechoso y su largo cuello. Volvió la cara por tercera y última vez, y torció rápidamente para tomar por otra calle; pero apenas había avanzado unos cuantos pasos, sintió un golpe en el codo. ¡Oh, sorpresa! El largo cuello de la botella asomaba por la abertura del bolsillo de Keawe y el lechoso vientre levantaba la tela de su abrigo de piloto.

—¡Pues hasta aquí, todo va saliendo como se me dijo!

Quiso, no obstante, hacer una prueba más. Se dirigió al barrio del comercio, buscó una ferretería y compró un sacacorchos. Salió de la tienda y se encaminó al campo. Internándose en un paraje solitario, comenzó a hacer tentativas para destapar la botella; introducía la espiral de hierro en el corcho; pero éste la rechazaba, y quedaba tan entero como antes.

—El corcho de la botella está dotado de propiedades que yo no conocía—dijo Keawe, todo agitado y sudoroso, pues su botella le inspiraba un terror horrible.

Cuando iba de regreso al puerto, vió en una tienda en donde se vendían toda clase de objetos raros de las islas salvajes del Pacifico y de los países del Oriente, tales como conchas, cachiporras, ídolos, monedas antiguas y viejas estampas, chinas y japonesas; todo lo exótico, en fin, que suelen llevar los marineros en sus cofres. Una idea pasó por la mente de Keawe. Entró en la tienda, y pidió cien dólares por la botella. El mercader se le rió en las barbas, y le dijo que la botella no valdría más de cinco dólares. Pero era hombre inteligente, y a fuerza de examinar aquel objeto extraño, formado de una materia desconocida, que tenía los colores del iris bajo un exterior lechoso, y que llevaba en su interior una sombra inquieta, de una metálica refulgencia, comprendió que la operación le convenía. Discutió mucho, sin dejar partir al vendedor, hasta que, por último, puso en manos de éste sesenta dólares en plata, y colocó la botella en una de sus vitrinas.

—He vendido en sesenta—decía Keawe para sí—lo que me costó cincuenta, o poco menos, pues una de las monedas era chilena. Ha sonado, pues, la hora de la prueba decisiva.

Llegó a la bahía, subió a bordo y cuando abrió su cofre para guardar el dinero, lo primero que vió fué la botella, que se le había anticipado, por lo visto. Keawe tenía a bordo un camarada, cuyo nombre era Lopaka.

—¿Qué te ocurre?—preguntó éste—. ¿Por qué pones esa cara de asombro?

Los dos estaban solos en el castillo de proa, y Keawe contó a su compañero cuanto le pasaba, después de haberle recomendado el secreto.

—El suceso es extraordinario—dijo Lopaka—y temo que esa botella te cause dificultades. Pero hay un punto que no ofrece dudas. Ya que el peligro es conocido, aprovecha la ocasión para salir de él con alguna ventaja. Piensa lo que desees, da la orden correspondiente a la botella, y si ésta se cumple, yo compraré la botella, pues, a mi vez, deseo tener una goleta para dedicarme al comercio de cabotaje en las islas.

—Mi ambición es otra—dijo Keawe—. Quiero poseer una casa con jardín en la costa de Koana, en donde nací. Esa casa ha de ser idéntica a la que hoy visité, aunque algo mayor, con un piso más y con balcones en derredor, aná-

logos a los que hay en los palacios de los reyes; allí pasará la vida alegremente con mis amigos y allegados.

—Pues bien—dijo Lopaka—, llevemos la botella a Haway, y cuando se realice tu deseo, como esperas, yo compraré la botella para que me proporcione una goleta.

II

Habiéndose puesto de acuerdo los dos amigos, emprendieron el viaje de regreso, y pocos días después el buque andaba en Honolulu, donde tomaron tierra Keawe, Lopaka, y la botella. Apenas habían dado algunos pasos Keawe y Lopaka, cuando hallaron un amigo, que les acogió dando sus más sentidas condolencias a Keawe.

—No sé porqué razón me hablas así—dijo Keawe con extrañeza.

—¿Será posible que lo ignores?—replicó el amigo—. Ha muerto tu tío, el buen anciano a quien todos respetábamos, y ha muerto también tu primo, aquel joven tan simpático, ahogado en el mar.

Keawe quedó consternado al escuchar las dos inesperadas nuevas, y entregándose a sus llantos y lamentos, olvidó enteramente que era poseedor de la botella. Pero Lopaka, que tenía la cabeza libre de las dolorosas preocupaciones de su amigo, esperó a que se mitigase el primer acceso de pesar de Keawe, y cuando juzgó que éste prestaría atención a sus palabras, le habló así:

—Según creo, tu tío era dueño de algunos terrenos en el distrito de Kau.

—No están en Kau—dijo Keawe—; están en las montañas, hacia el sur de Hookena.

—Y esas propiedades, naturalmente, pasan a ser tuyas.

—En efecto—exclamó Keawe, reanudando sus lamentos.

—Pues no hay motivo para que llores. Oye lo que pienso: ¿no crees que la muerte de tus parientes ha sido obra de la botella? Gracias a tu herencia, tienes ya terreno disponible para la construcción de la casa.

—Si así es—exclamó Keawe con vehemencia—no encuentro que el servicio de la botella sea muy deseable, ya que toma como medio la muerte de mis deudos. Pero debe de ser como tú dices, pues en mis sueños he visto la casa precisamente en aquellos sitios.

—Pero—objetó Lopaka—, la casa está todavía por construir.

—Y así se quedará—aseguró Keawe—, pues aun cuando

ni no posea un caxetel y algunos platanares, eso no sera bastante para vivir, tanto más cuanto que el resto de la propiedad se compone de campos de lava.

—Veamos al notario de tu tío—propuso Lopaka—. Yo persisto en mi propósito.

Vieron, en efecto, al notario y éste les dijo que el tío Keawe había acumulado riquezas monstruosas en unos cuantos días y que el heredero tenía a su disposición montañas de dinero en efectivo.

—¡Ya ves! He ahí el dinero para la casa—exclamó Lopaka.

—Ya que piensa usted en casas—propuso el notario—, le daré una tarjeta con las señas de un arquitecto de quien se cuentan maravillas.

—Todo va saliendo a pedir de boca—dijo con creciente entusiasmo Lopaka—. Parece que las cosas se nos dan ya hechas, y que no tenemos más que recibir instrucciones.

Se dirigieron, pues, a la casa del arquitecto, quien les mostró planos de casas magníficas que tenía sobre la mesa.

—Si usted desea algo excepcional—dijo el arquitecto—le aconsejo que examine este proyecto.

Y desenrolló un dibujo.

Keawe lo miró y, apenas hubo posado en él la vista, halló que era línea a línea la reproducción de lo que le había inspirado la fantasía. Lanzó una exclamación de sorpresa, a la vez que interiormente razonaba así:

—Esta es la casa que yo deseo. A la verdad, no me agrada la forma en que vienen los acontecimientos; pero ya que he de aceptar el peligro, me aprovecharé al menos de las ventajas inherentes a esta situación.

Firmó el correspondiente contrato con el arquitecto. Mientras la casa se construía, Keawe y Lopaka se embarcaron para Australia. El propietario de la botella mantenía su propósito de no formar un nuevo deseo, a fin de no deber nuevos favores al demonio. Después de su viaje, los dos camaradas llegaron en el instante oportuno, pues el arquitecto les dijo que la casa estaba terminada. Keawe y Lopaka se embarcaron a bordo del "Hall", y se dirigieron a Kona para ver la finca, y pudieron cerciorarse de que era en todos sus pormenores lo que Keawe había soñado. La casa estaba en la colina, y era fácil verla desde el mar. Los bosques subían por la cuesta de la montaña, hasta perderse en los senos de las nubes tormentosas. En la parte inferior del campo de Keawe, el manto de lava se plegaba en peñascales que for-

maban cavernas, donde yacían los cadáveres de los antiguos reyes. En derredor de la casa florecía un vergel en el que figuraban todas las especies de plantas indígenas y aclimatadas en Hawaii. Las flores tenían los más diversos matices. A un lado había un huerto de papayas, y al opuesto, otro con los árboles de pan. En la fachada principal, que daba al mar, se había izado un mástil de navío para enarbolar la bandera. El edificio era de tres pisos, sus habitaciones muy espaciosas y los balcones muy anchos.

—¿Está todo de acuerdo con tu fantasía?—interrogó Lopaka.

—La palabra es impotente para explicar tanta semejanza—contestó Keawe—. No es solamente lo que yo soñaba; es algo más; yo no hubiera creído que un sueño fuera realidad.

—Falta, no obstante, que consideremos una circunstancia—argumentó Lopaka—. Quizá todo ha venido por obra natural de los acontecimientos, y el duendecillo de la botella no es el autor de tantos prodigios. En tal caso, si después de comprar la botella me quedo sin goleta, habré metido inútilmente a mano en el fuego. Estoy obligado por la palabra que te empené; pero creo que no me negarás una prueba decisiva.

—He jurado que no pediré un favor más—respondió Keawe resueltamente—. Estoy ya demasiado comprometido para que acepte otra complicación.

—No pienso en que pidas favores—repuso Lopaka—. Mi pretensión se reduce a tener una entrevista con el duendecillo. Como con esto nada se gana, no hay razón para que nos avergoncemos de solicitarlo. Una vez que yo me haya cerciorado, ultimaré el negocio con toda tranquilidad. Deja, pues, que vea al duendecillo y, logrado esto, recibirás tu dinero por la botella.

—Tu deseo no me parece tan sencillo como crees. Supongamos que el duendecillo es horrible, y que al verlo se te hace odiosa la botella.

—Soy hombre de palabra—respondió Lopaka con tono firme—. Y aquí tienes el dinero.

—Muy bien. Yo también siento curiosidad. ¡A ver, señor duende, salga usted para que hablemos los tres!

No bien pronunció Keawe estas palabras, el duendecillo asomó la cabeza fuera de la botella y volvió a introducirse con el movimiento rápido de una lagartija. Keawe y Lopaka quedaron inmovilizados por el estupor. Llegó la noche y ambos amigos no habían tenido valor ni fuerzas para pro-

nunciar una palabra. Silenciosamente, Lopaka puso el dinero en manos de Keawe y tomó la botella.

—Soy hombre de palabra, ya lo he dicho—manifestó, por fin, Lopaka—. Sin eso, no compraría la botella, ni la tocaría aun cuando fuera con la punta del pie. Cuando tenga mi goleta y dos o tres dólares en el bolsillo, me despediré de esta maldita botella, y haré todo lo posible por vivir muy lejos del duendecillo, que, si he de hablarte con franqueza, me ha puesto la carne de gallina.

—Lopaka—dijo Keawe—, no me creas mal amigo. Sé que los caminos son pésimos y que la noche no contribuye a la seguridad del paraje de las tumbas de los reyes; pero te ruego que partas al instante, pues no podré dormir, ni comer, ni tener calma, en tanto que esté cerca de mí la figura diabólica de la botella. Voy a entregarte una linterna y un cesto para que lleves la botella. Además, te ruego que escojas en esta casa el objeto que más te agrade: un cuadro, una estatua, un reloj o lo que desees. Pero vete al instante.

—Keawe, amigo mío—dijo Lopaka—, sé que muchos tomarían a mal tus palabras sobre todo después de la prueba de amistad que acabo de darte cumpliendo con tanta lealtad mi ofrecimiento. La noche, la obscuridad, el camino de las tumbas y la soledad son diez veces más imponentes para quien lleva en la conciencia un pecado tan grande y en el brazo una cesta con esta botella infernal. Pero el miedo que yo experimento es para mí una explicación suficiente del tuyo, y no me creo autorizado para censurarte. Me voy, pues, y al marcharme elevo a Dios una oración pidiéndole que seas dichoso en tu casa como yo deseo serlo en mi goleta. Espero que tú y yo nos veremos en el cielo a pesar de la botella y del duende que contiene.

Luego de hablar así, Lopaka comenzó a descender por la cuesta de la montaña. Keawe salió a su balcón: oía el chasquido de las herraduras del caballo y veía a lo largo del sendero la luz de la linterna que se aproximaba a las cavernas donde yacen los antiguos reyes.

Keawe estremeciéndose, juntó las manos en actitud suplicante, y a la vez que oraba fervientemente por su amigo, dijo gracias a Dios por haberle librado del espíritu maligno.

III

Amaneció un día espléndido, y era tan encantadora la nueva morada de Keawe, que éste olvidó sus terrores. A ese día sucedió otro, y al segundo otro más, y de día en

día el propietario de la linda casa de la montaña veía prolongarse indefinidamente un estado de felicidad ininterrumpida.

“Ka-Hale-Nui” era el nombre con que se conocía en la comarca la mansión de Keawe. Esa palabra compuesta significa la “Gran Casa”. Otros la llamaban “Casa Brillante”, porque el propietario tenía un chino a su servicio, y este chino no cesaba de frotar y pulir desde el amanecer hasta la puesta del sol. Los dorados de las molduras, el cristal de las vitrinas y de las ventanas, y las maderas preciosas de las escaleras y pavimentos brillaban como el sol de la mañana. Por eso, cuando Keawe recorría las habitaciones, no podía hacerlo sin levantar la voz en un canto de alegría que le ensanchaba el alma. Dando expresión a su contento, siempre que un buque salía del puerto, el propietario de la “Casa Brillante” corría hacia el mástil de la fachada para izar su bandera.

Después de algún tiempo, Keawe fué de visita a Kailua. Sus amigos le acogieron con regocijo, y celebraron su presencia ofreciéndole un banquete. A la mañana siguiente emprendió el viaje de regreso, y apresuraba la marcha porque sentía una gran impaciencia por ver nuevamente su casa. Además, la próxima noche era la que los muertos destinan para rondar por las cuevas de Kona. Desde que había tenido comercio con el diablo, Keawe se mostraba muy remiso para entrar en relaciones con los muertos. Después de haber pasado por Honaunai, y a corta distancia de este punto, vió una mujer que se bañaba a orillas del mar. Parecía una muchacha en pleno desarrollo; pero Keawe continuó su marcha sin parar mientes en la desconocida. Al acercarse más, le llamó la atención la camisola de la joven, que flotaba al viento, y reparó en su “holoku” de púrpura arrojado al descuido sobre la playa. Cuando Keawe llegó al sitio en donde estaba la niña, la encontró ya bañada, con el “holoku” puesto, fresca, rezagante, y con una bondadosa expresión en sus negros ojos. Keawe refrenó al instante su caballo.

—Creía conocer a todos los habitantes de este país—dijo el viajero—. ¿Cómo no te conozco a ti?

—Soy Kokua, la hija de Kiano—contestó la niña—, y no hace mucho tiempo que tomé de Oahu. ¿Y tú, quién eres?

—Pronto lo sabrás—respondió Keawe, apeándose del caballo—. Pero no te lo diré en este momento. Tengo una idea, y si te digo mi nombre, que tal vez sea conocido para ti, la respuesta que des a mi pensamiento no será probablemente

la que se ajuste con fidelidad a los íntimos deseos de tu corazón. Pero, ante todo, quiero saber una cosa. ¿Eres casada?

Kokua prorrumpió en una carcajada sonora.

—Ya que me preguntas, te pregunto a mi vez: ¿Eres casado?

—No, Kokua, no lo soy. Y nunca había pensado casarme hasta este instante. Te he encontrado a la orilla de un camino, he visto tus ojos, tan resplandecientes como estrellas, y mi corazón voló hacia ti con la ligereza del ave. Si te soy indiferente, dímelo, y proseguiré mi camino; pero si me crees igual por lo menos a cualquiera de los otros jóvenes de la comarca, dímelo asimismo, e iré a tu casa, pediré hospitalidad para pasar la noche en ella y mañana hablaré con tu padre.

Kokua guardó silencio, pero clavó la vista en el mar, y sus labios sonrieron.

—Kokua—continuó Keawe—, si callas, tomaré tu silencio por consentimiento, y te pediré que me guíes a la casa de tu padre.

La joven echó a andar, sin pronunciar una palabra. De vez en cuando volvía el rostro para ver si Keawe la seguía, y éste observó que Kokua llevaba las cintas del sombrero sujetas con los dientes. Llegaron a la puerta de la casa, y Kiano salió al pórtico. Lanzando una exclamación de júbilo, dió la bienvenida a Keawe, llamándolo por su nombre. La niña entonces miró al huésped, pues a fama de la casa había llegado a sus oídos, y como era natural, la tentación hizo presa en ella. Pasaron la velada alegremente. La niña era de un atrevimiento ilimitado cuando estaban presentes sus padres, y hacía burla de Keawe, luciendo un ingenio feliz y rápido. Amaneció. Keawe habló a solas con Kiano y después entrevistóse sin testigos con la joven.

—Kokua—le dijo—, te has burlado de mí toda la noche. No he querido decirte mi nombre a causa de la finca de que soy propietario, pues temí que, pensando demasiado en ella, no pusieras los ojos en mí. Hoy que todo lo sabes, puedes pronunciar la palabra decisiva. ¿Debo partir?

—No—respondió Kokua, pero sin reír ya.

Keawe se dió por satisfecho con este monosílabo. Tal fue, ni más ni menos, el noviazgo de Keawe. Verdad es que los acontecimientos fueron de prisa; pero no menos rápida es una flecha, y más rápida aún la bala de un fusil, y no obs-

tante, flecha y bala dan en el blanco. El recuerdo de Keawe hacía vibrar a Kokua, cuando aquel partió, y hasta oía la voz del amante en el golpe furioso de la resaca sobre los acantilados de lava. Por un joven a quien sólo una vez había visto, se hallaba dispuesta a dejar padre, madre e islas nativas. Keawe, por su parte, guió su caballo bajo los picachos que ocultan las tumbas de los antiguos reyes, y las cavernas de los muertos resonaron con el ruido metálico de las herraduras y con las notas alegres de los cantos del viajero. Cuando llegó a la "Casa Brillante", cantaba todavía. Pidió que se le sirviera de comer en el mirador, y el chino sorprendióse de ver cómo cantaba su amo entre bocado y bocado. El sol se hundió en el mar, y llegó la noche. Keawe se paseaba por los balcones alumbrados con numerosas lámparas. Su canto resonaba en las montañas y se oía en los bosques de la bahía.

—He llegado—pensaba— a la cumbre de la dicha. No puede haber nada en la existencia que supere la ventura del instante presente. Si hoy no se ilumina mi palacio, ¿para cuándo lo dejo? Tomaré un baño en la piscina de mármol, llena de agua templada, y por primera vez, aunque esté solo, dormiré en la cámara nupcial.

Dió órdenes al chino, y éste dejó la cama para encender las hornillas. Mientras les echaba combustible, oía la voz de su amo que seguía cantando en las salas iluminadas por ricas lámparas de bronce. Cuando ya el agua estaba caliente, el chino dió un grito para avisar a su amo, y éste se dirigió al vasto aposento en donde hallábase la piscina.

El doméstico escuchó las canciones de Keawe, mientras se llenaba el receptáculo de mármol. Le oyó cantar en tanto que desnudábase. Pero, de súbito, el canto cesó. En vano el chino aguzó el oído. Preguntó a gritos a su amo si estaba indispuerto, pero éste le respondió que no le ocurría ninguna novedad y que podía acostarse. No volvió a sonar el canto de Keawe en la "Casa Brillante". Y el chino, que no dormía, oyó durante toda la noche el paso inquieto de Keawe en las inmensas galerías.

He aquí lo que había ocurrido. Cuando Keawe se desnudó para meterse en el baño vió que su piel tenía una mancha análoga a la que forman los líquenes en una roca. En aquel instante cesó de cantar, porque la mancha era de lepra! Ahora bien, el mal chino es la mayor de las desventuras. El dueño de aquella soberbia mansión tendría que

abandonarla; tendría que separarse para siempre de sus amigos; tendría que marchar a la costa septentrional de Molokai y sumergirse a perpetuidad en las soledades que se extienden entre las rumorosas rompientes del mar y la empinada roca. Pero, ¿qué valían todos esos infortunios comparados con la pena inmensa de no ver más a la que había conocido la víspera y que se había unido a él pocas horas antes? Sus esperanzas eran como el rico cristal que chocaba contra un guijarro.

Durante breves momentos permaneció sentado en el mármol de la piscina. Después dió un grito, y salió corriendo. Iba y venía cual un loco, por el sonoro mosaico de los miradores.

—Saldría de Hawai, tierra de mis padres—sabría Keawe—. Dejaría mi casa, la "Casa Brillante", la casa de la montaña, la casa de los altos miradores. No me faltaría valor para dirigirme a Molokai a los acantilados de Kalaupapa, para vivir y morir lejos de mis padres, en la compañía de los que han perdido toda esperanza. ¿Pero por qué, si esto había de ocurrir, por qué tuve la desgracia de conocer a Kokua, por qué la vi saliendo de las ondas, en la dulzura del crepúsculo vespertino? ¡Kokua, seductora Kokua! ¡Kokua, luz de mi vida! ¡No seré tu esposo no te veré más, no te estrecharán mis amantes brazos! ¡Por ti, sólo por ti son mis lamentos!

Y advertid qué clase de hombre era Keawe, pues habría podido habitar en su palacio durante muchos años, sin que nadie sospechase la enfermedad que padecía. Pero para él todo se disipaba si Kokua no era suya. Así, leproso como estaba, podía casarse con Kokua. Muchos otros lo habrían hecho, porque tienen el alma como el cieno en que se revuelcan los cerdos. Pero Keawe amaba a Kokua con amor viril, con amor noble, y no hubiera hecho nada que la ofendiese o que la pusiera en peligro.

Había pasado parte de la noche quejándose, cuando se acordó de la botella diabólica, y dirigiéndose hacia el mirador de la montaña, empezó a pensar en el duendecillo que había en aquella. Esta evocación llevó un frío mortal a sus venas.

—¡Botella terrible!—decía Keawe—. ¡Y horroroso duende! Pero aún más temible es el infierno con sus llamas eternas. A pesar del pavor que me inspiran la botella, el duende y el infierno, ¿qué otro recurso hay para sanar de mi dolencia y casarme con Kokua? He visto al diablo cara a cara,

le he desafiado, me he puesto bajo su dominio, sólo por poseer una cosa, ¿y no haré esto nuevamente por el amor de Kokua?

Recordó que a la mañana siguiente salía el "Hall" para Honolulu.

IV

Llegó el "Hall" y Keawe fué a bordo en el alijador. La popa del navío estaba llena de turistas "haoles" o blancos, que, como de costumbre, habían ido para visitar el volcán. En la parte ceatral del puente había "kanakas", y en la proa iban los toros de Hilo y los caballos de Kau. Keawe buscó un lugar apartado de los "haoles", de los "kanakas" y de los animales. Melancólicamente contempló a lo lejos la casa de Kiano que estaba oculta entre las oscuras rocas de la costa, a la sombra de los cocoteros. En la puerta se vea un "holoku" purpurino, que parecía del tamaño de una mosca y que se agitaba cual si fuese mosca en realidad.

—¡Reina de mi corazón!—exclamó Keawe—. ¡Por ti pondré en peligro la salvación eterna!

Comenzaron a descender las tinieblas nocturnas. Los "haoles" penetraron en las cámaras iluminadas y, como tienen por costumbre, pidieron cartas para jugar y apuraron botellas de "whisky". Keawe se paseó por el puente toda la noche, y al día siguiente continuó su paseo sin interrupción, cuando el "Hall" se encontraba a sotavento de Miao o de Molokai. Keawe semejaba en verdad una fiera enjaulada. Al atardecer pasaron por la "Cabeza del Diamante", y llegaron al muelle de Honolulu. Keawe bajó del buque, confundido entre la multitud, y comenzó a adquirir informes sobre el paradero de Lopaka. Se le dijo que éste había comprado una goleta, la mejor de las islas, y que había emprendido una expedición aventurera a Pola-Pola e a Kahiki, por lo que no había que pensar en verte durante mucho tiempo. Pero Keawe recordó que Lopaka tenía un amigo en la población, un abogado cuyo nombre no tengo porqué decir, y preguntó por él. Manifestáronle que de la noche a la mañana había adquirido enormes riquezas, y que poseía una finca preciosa en la costa de Waikiki. Este dato fué suficiente para Keawe, quien alquiló un coche y se encaminó al sitio donde vivía el abogado. La casa de éste era de construcción muy reciente, y los árboles del huerto apenas si tenían la altura de un bastón. Salió el propietario, y Keawe vió en su semblante la imagen del hombre satisfecho.

—¿Qué puedo hacer para servirle?—interrogó el abogado.

—Usted es amigo de Lopaka—respondió Keawe—, y Lopaka me compró unos efectos que yo desearía adquirir de nuevo. Acaso usted sepa cómo lograrlos encontrarlos.

La fisonomía del abogado se entenebreció.

—Sería inútil que pretendiese fingir ignorancia acerca de lo que usted me dice, por más que el asunto es de esos que nadie quisiera tratar con alma nacida.

Le aseguro a usted, señor Keawe, que carezco de datos positivos pero sí puedo expresarle una sospecha y decirle el nombre y señas de la persona que quizá esté en condiciones de servir a usted.

No me creo autorizado para repetir el nombre y señas de la persona mencionada por el abogado. Keawe visitó al desconocido y de allí pasó a otra casa y a otra, y a otra, en el transcurso de varios días. En todas partes hallaba gente con ropa nueva, que paseñabase en coches flamantes, que habitaba casas concluidas de construir; gente muy satisfecha de la vida, pero que ponía un semblante muy hosco cuando Keawe participaba el objeto de su visita.

—Sin duda, me halló en buen camino—pensaba Keawe—, pues toda esta ropa nueva, estos carruajes y estas casas son regalos del duendecillo de la botella, y las caras alegres que veo son las caras de pascuas de quienes han obtenido beneficio y que a la vez se han librado del peligro. Necesito hallar un rostro pálido y ojeroso para saber que tengo la botella al alcance de la mano.

Las últimas señas que obtuvo fueron las de un "hao'e" que vivía en la calle de Beritania. Llegó a la puerta justamente en el instante de servir la cena. Cual en sus visitas anteriores, Keawe observó que la casa era nueva, que los árboles del jardín no habían tenido tiempo para crecer, y que las lámparas eléctricas, cuyo fulgor salía por las ventanas, indicaban una instalación muy reciente. Pero cuando se presentó el dueño de la casa, Keawe tuvo un rayo de esperanza, pues aquel era un joven que, a pesar de su poca edad y del bienestar que le rodeaba, parecía más bien un sentenciado en espera del verdugo. Su rostro tenía una palidez mortal, sus ojos hallábanse circundados por una sombra violácea, y el pelo le caía cual las ramas de un sauce, cubriéndole casi la abatida frente.

—Este es mi hombre—pensó Keawe.

Y sin andarse con rodeos, dijo resueltamente:

—Vengo a comprar la botella.

No bien oyó esta frase el joven "hao'e" de la calle de Beritania, retrocedió algunos pasos, y se apoyó en el muro.

—¡La botella!—respondió maquinalmente—. ¡Viene usted a comprar la botella!

Parecía faltarle el aliento y con él el habla. Tomó a Keawe por el brazo, se lo llevó a una habitación interior, y sirvió vino en dos copas.

—A la salud de usted—dijo Keawe, que conocía las costumbres de los "hao'es".—Después de presentar a usted mis respetos, le suplico que me diga cuál es el precio actual de la botella.

Al escuchar estas palabras, la copa del "hao'e" se deslizó de sus manos y cayó sobre el pavimento. A la vez, el infortunado posó en Keawe dos ojos de espectro.

—¡El precio, el precio!—repitió—. ¿No lo sabe usted?

—Por eso precisamente lo preguntó—replicó Keawe—. Pero ¿por qué está usted tan consternado? ¿Hay algo en el precio que envuelva dificultad?

—Desde el tiempo de usted, señor Keawe, el precio ha bajado mucho—contestó el joven "hao'e" con vacilante acento.

—Eso quiere decir que será menor el desembolso. ¿Cuánto le costó a usted la botella?

El joven, pálido ya, se puso como una hoja de papel.

—¡La botella me costó dos centavos!—dijo.

—¿Cómo! ¿La botella le costó a usted dos centavos? Tendrá usted que venderla en un centavo, y el que la compre...

Keawe no pudo concluir la frase. El que la comprara ya no podría venderla. La botella y su duendecillo se quedarían en poder del comprador y cuando éste falleciera sería infaliblemente condenado a quemarse en las llamas del infierno. El joven "hao'e" de la calle de Beritania cayó de rodillas.

—¡Cómprame la usted, por Dios!—exclamó—. Y, además, le daré a usted todos mis bienes. Yo estaba loco cuando la compré en ese precio. Había dispuesto de fondos que tenía a mi cargo en el almacén donde servía, y no me quedaba otro camino que el de la cárcel.

—¡Pobre hombre!—dijo Keawe—. Se expuso usted a perder su alma en esta aventura, sólo por librarse de una pasajera pena corporal, y cree usted que yo vacilo teniendo en perspectiva las delicias del amor. Déme usted la botella, y deme usted los cuatro centavos de la vuelta, que supon-

go tendrá usted siempre a mano para la operación, pues aquí tiene usted la moneda de níquel.

Como Keawe presumía, cuando sacó la moneda de cinco centavos, el joven le dió al instante las cuatro piezas de cobre que tenía preparadas en una gaveta. La botella pasó a manos de Keawe, y no bien éste sintió su contacto, formuló el deseo de curarse la lepra. Efectivamente, ya en su alojamiento, Keawe se desnudó, y examinándose el cuerpo en el espejo, vió que sus carnes tenían la frescura que podían tener las de un niño. Y, cosa más extraña todavía: apenas comprobó que el cuerpo estaba sano, el alma se trocó en términos que hubiera querido volver a tener el mal chino, y aun a prescindir de Kokua. Todas sus facultades se concentraban en un único pensamiento: el de la eterna condenación, el de la sentencia irrevocable que destinábale a arder en las llamas del infierno.

V

Tornó a Hawai en el primer vapor, se casó con Kokua, y se la llevó a la "Casa Brillante" de la montaña. Y ocurrió que mientras Keawe permanecía al lado de Kokua, su corazón experimentaba un inmenso alivio; pero no bien se apartaba de ella, renacía el horror de la rojiza hoguera y de los chasquidos de sus llamas eternas. Kokua se le había entregado en cuerpo y alma. Eran enteramente suya. Su corazón palpitaba al verle; su mano se tendía espontáneamente para asirse a la de Keawe. Además, la joven era de un carácter tan suave y de una disposición tan optimista, que todo en ella respiraba alegría, desde la punta de los cabellos hasta la planta de los menudos pies.

Llegó, sin embargo, un día en que Kokua no discurría por la "Casa Brillante". Los cantos cesaron. No sólo lloraba Keawe; Kokua también buscaba los rincones oscuros para ocultar su llanto. Y así, cada uno de los dos, sin proponérselo, ocupaba uno de los miradores, y entre ambos estaba toda la vastedad de la "Casa Brillante". Keawe se había sumido hasta tal extremo en su desesperación, que apenas se había dado cuenta de aquel cambio, pero se alegraba de que Kokua lo dejara solo, para poder entregarse a meditar en su triste destino sin tener la pena de sonreír mientras su corazón sufría los anticipados tormentos del infierno.

Un día en que Keawe atravesó furtivamente la "Casa Brillante", oyó un sollozo ahogado, y, deteniéndose, vió que

Kokua tenía la frente sobre los mosaicos del mirador de la montaña, y que lloraba como quien ha perdido su última esperanza.

—Haces bien, Kokua. Haces bien en llorar... Y, no obstante, ¡yo daría mi vida por verte feliz!

—¡Feliz!—murmuró Kokua—. Cuando tú vivías solo en la "Casa Brillante", todos te conocían y te envidiaban como el hombre más venturoso de la isla. Tu cara estaba siempre alegre: reías, cantabas, y en tus ojos brillaba la luz de la aurora. Pero te casaste con la desgraciada Kokua. Sólo Dios sabe la maldición que te habrá traído esta pobre criatura. Yo nada comprendo, pero veo que la sonrisa ha muerto en tus labios. Me creía dotada de belleza y llena de amor por ti. ¿Cuál será, pues, mi maldición, y de dónde vendrá la nube que vela el cielo de mi esposo?

—¡Pobre Kokua, pobre Kokua!—dijo Keawe. Y sentándose a su lado, quiso tomar entre sus manos la mano de la joven. Ella la retiró violentamente.

—¡Pobre Kokua!—repitió Keawe—. ¡Pobre niña mía, encanto mío! Yo hubiera querido ahorrarte penas. ¡Me esforcé por librarte de ellas y hacerlas sólo mías. Pero es preciso que lo sepas todo. Así, por lo menos, disculparás al infortunado Keawe, y comprenderás cuánto te amaba, pues prefirió el infierno a perderte, y verás cuánto te ama todavía, hoy que es un protervo, pues tiene fuerza para sonreír al contemplarte.

Después de este preámbulo, Keawe contó a Kokua toda su historia, desde el principio de la aventura de San Francisco.

—¿Has hecho esto por mí?—exclamó Kokua.

Y se abrazó a Keawe, llorando como un niño.

—Sin embargo—dijo Keawe—no puedo menos de estreñarme al pensar en los suplicios del infierno.

—No hables del infierno, por Dios. Es imposible que tú te condenes sólo por haber amado a Kokua. Yo te lo digo, Keawe, y puedes creerme: Kokua te salvará o se perderá contigo. ¿Has dado por mí el alma, y crees que yo no daré la mía por salvarte?

—No, amor mío, no. Aun cuando muriera cien veces, mi destino sería el mismo, salvo la diferencia de que me faltaría tu dulce presencia hasta el día de la condenación.

—¿Qué puedes saber tú de esto?—preguntó Kokua—. Yo fui educada en una escuela de Honolulu. No soy una mujer vulgar. Y te lo vuelvo a decir: salvaré a mi amado. ¿Qué

has dicho sobre el precio de la botella? ¿Hablas de un centavo? Pero no todo el mundo se halla bajo la ley de los Estados Unidos. Así, en Inglaterra tienen una moneda infima, equivalente a la cuarta parte de un penique, o lo que es igual, medio centavo. Esto dejaría las cosas en la misma situación, pues el comprador quedaría a merced del diablo, y no habrá en toda la redondez de la tierra quien iguale en valor a mi Keawe. Pero tenemos aún a Francia. Hay allí una moneda que llaman céntimo, y que es la quinta parte de un centavo. Estamos salvados. Tomemos cuanto antes un buque y vayamos a alguna de las islas francesas, a Tahití, por ejemplo. Allí hay posibilidad para cuatro operaciones: la de cuatro céntimos, la de tres céntimos, la de dos y la de uno. Además, lo que tú no hagas lo haré yo. Dame un beso, Keawe de mi alma. Disipa todo temor. Kokua te defenderá.

—¡Eres la bendición del cielo!—exclamó Keawe—. No creo que Dios me castigue por haber querido unirme a ti. Hagamos lo que dices: vayamos a donde indicas. Mi vida y mi salvación están en tus manos.

A la mañana siguiente, Kokua comenzó los preparativos de viaje. Tomó el cofre que había llevado Keawe en sus travesías cuando era marino, y lo primero que hizo fué colocar la botella en un rincón. Después acomodó los vestidos mas suntuosos y las alhajas de más alto precio.

—Si no llevamos la apariencia de la fortuna, ¿quién dará fe a lo que digamos de la botella?

Durante los preparativos, Kokua estuvo cantando como un pájaro; pero, al ver el abatimiento de Keawe, asomaban a sus ojos lágrimas, y sentía impulsos de abrazarse a él y de besarle. Keawe sentía, a pesar de todo, que el secreto compartido le había quitado un peso de encima, que en su porvenir se levantaba un fulgor de esperanza, que sus pies ya no eran de plomo, y que la respiración no le llevaba a los pulmones un aire emponzoñado. Con todo, así como el viento apaga la llama de una vela, el terror extinguía la débil esperanza de Keawe, y en su alma resurgían las zozobras, causadas por la incesante visión del fuego eterno. Se hizo correr el rumor de que salían para los Estados Unidos en viaje de recreo, lo que causó mucho asombro, menor, no obstante, que el conocimiento de la verdad, si ésta se hubiera sabido. Fueron a Honolulu en el "Hall", y de allí a San Francisco en el "Umatilla, con muchos

"haoles". De San Francisco salieron para Papeete en el bergantín correo "Ave Tropical".

Llegaron a Papeete, la ciudad francesa más importante de las islas oceánicas, en un día que soplabá el aliso del noreste. Veían el arceife orlado de la espuma formada por las olas que se rompían en sus aristas; veían los palmares de Montuiti; veían la minúscula goleta; veían las casitas tendidas en la playa entre verdes follajes, y arriba, las montañas y las nubes de Tahití, la isla de los discretos.

Keawe y Kokua juzgaron que lo más conveniente era instalar casa, y lo hicieron, alquilando una que estaba enfrente del Consulado británico, donde empezaron a hacer ostentación de bienestar y lujo, adquiriendo coches y caballos. La botella se lo facilitaba todo, pues Kokua, más audaz que Keawe, llamaba al duendecillo cada vez que necesitaba cien dólares. Como es natural, no tardaron en ser conocidos. Todo el mundo hablaba de los ricos extranjeros que habían llegado de Hawai, y las mujeres comentaban los primorosos "holokus" de Kokua, sus sutiles encajes, sus soberbias carrozas, y los caballos en que paseábase con Keawe.

Muy pronto aprendieron la lengua tahitiana, que, excepto algunas letras, tiene gran analogía con la de Hawai. Y apenas pudieron hablar con cierta soltura, comenzaron a proponer la venta de la botella. Era difícil, en verdad, iniciar la conversación sobre asunto tan escabroso, pues nadie creía que, poseyendo aquel matrimonio el talismán de la salud y de la fortuna, quisiera realmente, venderlo por cuatro céntimos. Para esto era preciso explicar los inconvenientes de la adquisición y, una de dos, o bien la gente se reía, considerando que todo era burla y gana de divertirse, o bien miraba aquello con exagerada desconfianza y se apartaba de Keawe y Kokua cual de personas que tenían comercio habitual con el diablo. El matrimonio empezó a observar que lejos de ganar terreno, lo perdía, y que les hacían la cruz. Kokua se impresionaba sobre todo al ver que los niños huían de ella, dando gritos al verla.

Parecía existir un acuerdo tácito entre todos los habitantes de la población para alejarse de los dos endemoniados. Naturalmente, esto les desalentó. Después de las fatigas y desengaños del día, pasaban la velada en su nueva casa, sin pronunciar una sola palabra, y si el silencio se interrumpía era a causa de los sollozos de la infortunada Kokua. No pocas veces se arrodillaban para orar. En cier-

tos momentos de nerviosidad, colocaban la botella sobre el pavimento, y miraban las evoluciones que hacía el duendecillo en el interior. Como era lógico, no dormían, o si el sueño venía a uno de los dos, éste despertaba de súbito sólo para ver al otro llorando silenciosamente si es que no había salido de la casa para huir de la botella y buscar un respiro, ya en el platanar del jardín, ya en la playa iluminada por la luna.

Al despertar Kokua en medio de una de tantas noches de pesadumbre, advirtió que, como otras veces ella, Keawe había salido de la casa, pues tocó su lugar en el lecho y notó que ya estaba frío. La esposa se incorporó alarmada. Un rayo brillante de luna que penetraba por la hendidura de la ventana, le permitió ver la botella, que hallábase en medio del aposento. Fuera soplabla el vendaval, gemían las ramas de los árboles y las hojas caídas arrastrábase sobre la terraza. No obstante, Kokua pudo oír un lamento, triste como la muerte, que le desgarró el corazón. No sabía si le exhalaba una bestia o un hombre. Se levantó, abrió la puerta y miró a lo lejos, en la espesura del jardín, iluminado por la luna. No tardó en ver a Keawe, tendido sobre la arena, con la boca pegada a la tierra, ahogando así sus quejas lastimeras. El primer pensamiento de Kokua fué correr hacia donde estaba su marido, y consolarle. Pero hizo una reflexión que la retuvo en su alcoba. Keawe se había conducido con varonil entereza conteniendo su desesperación, y era poco generoso sorprenderle en aquel acceso de terror y debilidad.

—¡Cielos!—exclamó—. ¡Cuán torpe he sido y cuán cobarde! Su alma, y no la mía, está en peligro de perderse. El atrajo hacia sí la maldición eterna. Y por mí, por el amor de una criatura de tan poco valor, y que de nada sirve, siente ya junto a su cuerpo las llamas de la condenación y le asfixia el humo de la hoguera infernal. Y he necesitado verlo en esta noche de vendaval y de luna postrado en la arena del jardín, para pensar lo que debí haber pensado hace ya mucho tiempo. O no he comprendido mi deber, o he rehuído sus indicaciones. Esta es la hora del sacrificio. Digo adiós a los blancos peldaños del cielo, y me despido para siempre de los que allí me esperen. ¡Amor por amor! El mío igualará al de Keawe. ¡Alma por alma! Pezeca la mía y no la suya.

No tardó en vestirse, pues era muy diligente. Tomó en sus manos la vuelta—los cuatro céntimos—que siempre te-

san preparados, por ser de uso muy raro en las transacciones ordinarias, y había habido que procurárselos en una oficina pública. Cuando Kokua llegó a la avenida, ya las nubes ocultaban la faz de la luna, y no sabiendo donde dirigir sus pasos por las calles de la ciudad dormida, se detuvo un instante, pues oyó una tos entre la sombra de los árboles.

VI

—Buen anciano—dijo Kokua—, ¿qué haces aquí, y por qué te expones al viento frío de la noche?

El anciano apenas podía hablar, pues la tos le cortaba la palabra. Pero Kokua notó que era un pobre extranjero.

—¿Quieres hacerme un servicio?—le preguntó—. No me conoces, ni yo te conozco. Tú eres un anciano, y yo una joven. ¿Querrás conceder un favor a una hija de Hawai?

—Por lo que veo—dijo el anciano—, tú eres la hechicera de las ocho islas, y quieres perder hasta el alma de un pobre viejo. Pero ya he oído hablar de ti, y te aseguro que sabré vencer tu perfidia.

—Séntate—le indicó la maga de Hawai—. Voy a relatarte una historia.

Y le refirió la de Keawe, desde que empezaron sus aventuras con la botella.

—Ahora que lo sabes todo—agregó Kokua—, ve en tu presencia a la mujer por quien él ha perdido su alma. ¿Qué debo hacer? Si le propongo que me venda la botella, no aceptará mi ofrecimiento. Pero si vas tú, te la venderá inmediatamente. Yo espero aquí. La compras por cuatro céntimos, y yo te la compro a ti por tres. ¡Dios me dará ánimo!

—Si no eres leal—dijo el anciano—, pido a la Divina Providencia que te envíe la muerte para que perezcas en pecado mortal.

—Y Dios oíría tus ruegos. Puedes tener la absoluta certeza de que los oíría. Una traición por parte mía sería imposible, pues el Señor no la consentiría.

—Dame los cuatro céntimos y aguarda aquí—murmuró el viejo.

Cuando Kokua se vió sola en la calle, sintió el ánimo abatido. El viento gemía entre los árboles, y Kokua creyó que era la crepitación de las llamas infernales; las sombras que danzaban a la luz de la débil lamparilla de la calle, semejaban figuras de condenados. Le faltaron fuerzas para huir y aliento para pedir auxilio; pero debía que-

darse allí, y se quedó, temblando como el niño que despierta sólo en una alcoba sombría. Vió al cabo que el anciano se aproximaba paso a paso, y que llevaba la botella en la mano.

—He accedido a tus súplicas—dijo—, y cuando me despedí de tu esposo, se quedó llorando. Esta noche dormira.

Y alargó la botella para que Kokua la tomara.

—Antes de que me la des—dijo la joven con ansiedad—, toma el bien con el mal, y librate al menos de esa tos que te aflige.

—Soy demasiado viejo—replicó el asmático—, y ya estoy muy cerca de la tumba para pedirle favores al diablo. Pero ¿qué es esto? ¿Por qué no tomas la botella? ¿Vacilas, quizá?

—¿Vacilar?—exclamó Kokua—. No me falta el valor; lo que me faltan son las fuerzas. Mi mano se resiste, mis carnes tiemblan. Déjame respirar un instante, antes de que sea la esclava del espíritu infernal.

El anciano la contempló afectuosamente.

—¡Pobre hija mía!—dijo—. Temes, y tu espíritu vacila. Bien está. Déjame la botella. Soy demasiado viejo para esperar venturas en este mundo, y en el otro.

—¡No; dámela!—exclamó Kokua con acento que parecía un suspiro—. Aquí tienes tus tres céntimos. ¿Me crees tan malvada? Dame la botella.

—¡Dios te bendiga, hija mía!

Kokua ocultó la botella bajo el "holoku", se despidió del viejo, y entrando por la avenida, comenzó a vagar sin rumbo fijo. Todos los caminos le eran indiferentes, pues todos conducían al infierno. A veces, no andaba, sino corría; a veces, en lugar de lanzar gritos de desesperación, hundía la cabeza en el polvo y sofocaba su llanto. Recordaba cuanto se le había dicho acerca del infierno, y no sólo veía las llamas, sino que sentía el olor del humo y el contacto de las ascuas en la carne. Cerca de la madrugada se repuso, y tornó a la casa. Según el anciano había anticipado, Keawe dormía profundamente, con la tranquilidad de un niño. Kokua se detuvo para contemplarlo.

—Esposo mío, te toca dormir. Cuando despiertes, sonreirás y cantarás. Pero la pobre Kokua—que jamás hizo mal a nadie—no dormirá, no cantará, no tendrá paz ni alegría en este mundo y tampoco será dichosa en el otro.

Se dejó caer en la cama, junto a Keawe, y su dolor era tan grande, que al momento fué dominada por el sueño. Ya era muy tarde cuando su esposo la despertó y le dió la

venturosa nueva. El júbilo arrebató a Keawe la facultad de observación, y no advirtió el abatimiento que Kokua era importante para disimular. Si ella no hablaba, porque el dolor oprimía su garganta, Keawe, sin reparar en ello, hablaba por los dos. Kokua no probaba bocado en la mesa. Pero ¿quién iba a notarlo? Keawe devoraba cuanto se le había servido. Kokua lo veía y lo oía como se ve y se oye lo que pasa en sueños. En ocasiones no acertaba a convencerse de que su existencia fuese real, y llevándose las manos a la frente, se interrogaba si era ella la condenada a las penas del infierno, pues le parecía una monstruosidad correr de tal suerte, mientras su esposo reía y hablaba con la exuberancia del hombre feliz. Keawe la acariciaba, la llamaba su salvadora, le hablaba del retorno a la isla nativa y a la "Casa Brillante", y entretanto no cesaba de comer, de beber, de charlar, de reír y de burlarse de la simplicidad del anciano que le había comprado la botella.

—Parecía un buen hombre—añadió Keawe—; pero no se puede juzgar por las apariencias. ¿Para qué podía querer la botella el viejo réprobo?

—Esposo mío—respondió Kokua humildemente—, ese anciano perseguía acaso un fin laudable.

Keawe se reía sarcásticamente y argüía de esta manera: —No hay tal. Te aseguro que el viejo es un bandido. Y, además, un idiota. Ya era bien difícil vender la botella en cuatro céntimos. En tres, sería imposible. Queda poco margen, y el trato huele a chamusquina. ¡Brrr!...

Y después de estremecerse, continuó:

—Es cierto que yo di un céntavo por ella, y que entonces no sabía una palabra de la existencia de monedas de valor más bajo aún. Pero, con todo, fuí un imbécil en afligirme. El que hoy posea la botella, sea quien sea, ya puede considerarse en el quinto infierno.

Y no bien acabó de pronunciar estas palabras, salió a la calle, dejando sola a Kokua.

VII

¿Quién compraría la botella en dos céntimos? Indudablemente, nadie. Y si hubiera probabilidades, todas ellas desaparecerían volviendo a Hawaii, donde la moneda ínfima va ía cinco céntimos. Pocas horas después de consumado el sacrificio, la infeliz Kokua se veía sola, abandonada de su esposo, que la censuraba, además, como indiferente a su dicha. Sin

hacer tentativas para aprovechar el tiempo disponible. Kokua permaneció en sus habitaciones, sacó la botella, y se puso a contemplarla con inenarrable angustia, hasta que pudiendo en ella más el horror que la tristeza, guardó de nuevo el amuleto. Keawe volvió pocas horas después y la invitó para que pasara con él en una de sus carrozas.

—Esposo mío, estoy enferma—dijo Kokua—. Estoy, además, apesadumbrada. Perdóname, pero no puedo entregarme a la alegría.

Keawe se indignó, primero con ella, porque juzgó que hallábase afligida por la tribulación del anciano, y luego consigo mismo, porque en el fondo reconocía que ella tenía razón y le avergonzaba su propia felicidad.

—¡He aquí a lo que se han reducido tu fidelidad y tu amor! Acabas de ver a tu esposo libre de las penas eternas, que aceptó sólo por ti, y tu alma permanece insensible a tamaña causa de satisfacción. Kokua, tu pecho encierra un corazón desleal.

Salió furioso, y vagó todo el día por la ciudad. Encontró algunos amigos, y bebió con ellos. Después tomaron un coche, fueron al campo y bebieron más todavía. Pero Keawe hallábase desazonado, pues le remordía la conciencia gozar de la vida en tanto que su esposa pasaba horas arriazgas. Además, comprendía que ella llevaba la razón. Esta pena le impulsaba a beber. Entre los que formaban la partida había un "haole" brutal, lobo de mar, buscador de oro en los placeres californianos, fugitivo de varios países y mareado con un tatuaje de los presidios. Era hombre de inteligencia roma y de palabra procaz; no sólo le gustaba beber, sino ver ebrios a sus camaradas, y no cesaba de excitar a Keawe para que bebiere. Agotado el dinero, dijo el antiguo presidiario:

—A ver tú, "Kanaka", saca dinero. ¿No nos has hablado de una botella o de no sé qué tontería?

—Sí; soy rico. Voy a casa y sacaré dinero. Lo guarda mi esposa.

Cuando tornaron a la ciudad, Keawe pidió al presidiario que le acompañara hasta la esquina, y mientras él aguardaba junto al "calaboose", siguió solo por la avenida, hasta la puerta de su casa. La noche había cerrado, y se veía luz en el interior, pero no se oía ruido alguno. Keawe tomó el sendero que llevaba a la puerta trasera, la abrió sigilosamente y miró hacia el interior, para sorprender a su mujer. Kokua estaba de bruces sobre el pavimento, con

una lamparilla a su lado y enfrente una botella de color lechoso, ventruda y de largo cuello. La esposa de Keawe se estrujaba las manos desesperadamente. Keawe la contempló largo rato desde el umbral. Al pronto le invadió el estupor; pero después imaginó que la venta había sido nula y que la botella volvía a su casa como fué al buque en San Francisco. Sintió que las rodillas se le doblaban y que los vapores del alcohol se disipaban en su cerebro, cual se desvanecen las neblinas matinales que vemos sobre el lecho de un río. Luego, una idea inesperada le llevó el sonrojo a las mejillas.

—Debo averiguar esto—pensó.

Cerró la puerta, recorrió el sendero, y volvió por la entrada principal, procurando ser oído. ¡Oh asombro! Cuando penetró en la estancia, la botella había desaparecido, y Kokua, sentada en una silla, alzó la vista sorprendida, como si despertara de un sueño.

—He pasado el día bebiendo—dijo Keawe—, en compañía de amigos muy alegres, y vengo sólo a tomar dinero para volver otra vez con ellos.

—Haces bien, esposo mío. Disfruta de lo que tienes.

Y la voz de Kokua era temblorosa.

—Sí, yo siempre procedo bien.

Al decir esto, dirigióse hacia el cofre, y tomó dinero. Examinó el rincón en donde se guardaba la botella, y no la vió. Esto llenó de sombras su alma. El cofre le pareció tan pesado como si dentro de él estuviesen todas las olas del mar, y la casa tan ligera como si fuese un vapor sutil.

—¡Es lo que yo temía!—pensó—. ¡Kokua ha comprado la botella infernal!

Pudo reponerse y levantar el cuerpo inclinado sobre el cofre, pero el sudor le cubría todo el rostro, un sudor tan espeso como gotas de lluvia y tan frío como el agua de la cisterna.

—Kokua, ya te he dicho lo que he hecho hoy. Vuelvo al lado de mis alegres compañeros.

Y al hablar así, por sus labios cruzó una suave sonrisa.

—Perdóname, Kokua; quiero probar una vez más el deleite que guarda la copa. Perdóname, para que una negra idea no turbe mis placeres.

Ella se abrazó a sus rodillas, y se las besó bañándolas en llanto.

—Lo único que yo deseaba era una palabra dulce de tus labios.